

SANTANDER.—LUNES 18 DE ENERO DE 1886.

EL ATLÁNTICO.

Ambiciosillo es el título, pero ¿quién con más títulos le puede pretender? El Imperio Romano llamaba al Mediterráneo *mare nostrum*, y Rugier de Lauria decía que ni los peces habían de andar por él sin llevar las barras de Aragón. Pero nosotros, con más exactitud que Camoés dijera en sus *Lusitanos*, podemos decir que, al atravesar con Colón el Atlántico y con Magallanes el Pacífico, bajo la insignia de castillos y leones, juntamos al viejo mundo un mundo nuevo: «Por mares nunca de antes navegados». Y no es que yo crea, como otros suponen, que Hannón y sus cartagineses precedieron á Gama, rodeando al África; ni que naves españolas, ó fenicias, ni aún las de Salomón, arribaron á la India, como no fué por el golfo Pérsico y el mar Rojo, pasando, si se quiere, sus constructores y tripulantes el istmo de Suez á piéscó, cual las tribus de Israel. Pero, en fin, buques grandes ó pequeños navegaban en todas las costas del antiguo mundo, hasta que los españoles dimos el ejemplo de abandonarlas sin saber donde hallaríamos otras, y si podríamos volver á ver las nuestras.

Aún precisando, no solo á España, y, entre sus Reinos, á Castilla, sino á este rincón primitivo de ella nuestras observaciones, hallaremos, si bien se mira, que no fueron tres *carabelas*, como generalmente se cree, los buques en que se atravesó al Atlántico por primera vez, sino dos: la *Pinta*, (de los Pinzones), la *Niña*, (de los Niños), ambas del puerto de Palos, y una *nao* de mucho mayor porte y aparejo diferente, la *Santa María*, que debió tomar este nombre de Santa María del Puerto, parroquia de Santoña y pila bautismal de su propietario y Maestro Juan de la Cosa, montañés como todos ó los más de los que tripulaban aquel buque, según testimonio irrecusable del mismo Colón que le montaba.

Pués en la inmortal empresa que llevamos á cabo con Magallanes, también fueron montañeses los auxiliares más decididos del insigne portugués; como Gonzalo Gómez de Espinosa, su Alguacil Mayor, que mató al Capitán sublevado de la *Victoria*, en medio de su atónita tripulación, ayudando después á sujetar á los demás, entre ellos el afortunado Eleano, y mandando la expedición después que Magallanes y sus sucesores murieron por sobra de confianza y atrevimiento á manos de reyzelos piratas. En fin, entre los diez y siete compañeros de Eleano, más célebres que los Argonautas, y competidores del Sol, se hallaron Juan Martín de Aguilar de Campó y Juan de Sant-Andrés, (verdadera etimología del nombre *Sant-Andrés*) y de su barrio de Cueto.

Jalones todavía enhiestos de aquellas más que homéricas expediciones, y donde todavía ondea nuestro pabellón, son Cuba, que Colón tomó por la prolongación de la India que buscaba, y donde sus huesos reposan; las Filipinas, regadas con la sangre hirviente de Magallanes; las nuevas Filipinas, (como se llamaban en el siglo pasado las Carolinas) donde hemos estado á pique de derramar recientemente la nuestra, y las Canarias, punto de partida de todos aquellos atrevidos navegantes; cual si la suerte, ó la Providencia más bien, quisiera recordarnos, en lo que fuimos, lo que aún podemos ser: que á más estrechos límites—á los de una pobre cueva—quedó reducida la nacionalidad española, para volver á levantarse más gloriosa que otra nación alguna.

Y, como en gloria, podemos elevarnos otra vez en riquezas, aprovechando esos mismos puntos escalonados ventajosamente en todos los mares; pero el Atlántico debe ser nuestro preferido. Quede para otros arreglar el Oriente, que á nosotros en el Occidente nos espera nuestra raza, extendida por la mayor parte del continente que descubrimos; allí se habla nuestra lengua, se profesa nuestra religión, tenemos las mismas ventajas cualidades y defectos, somos hermanos, en una palabra; y si alguna vez reñimos, es con nuestra sal y salero, y para volvernos á abrazar. En aquella *Nueva España* se reproducen así mismo los nombres queridos de nuestra mon-

taña, *Nuevo Santander*, *Reinosa*, *Laredo* y otros mil que cualquiera puede reconocer, y donde siempre hallamos techo, bolsa y brazos abiertos para el que busca trabajo honrado en una nueva patria.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTA

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA,
SOBRE EL TECNICISMO MATRIMONIAL,
COLECCIONADAS
POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE
CLASE PRIMERA.

A MI QUERIDO AMIGO

D. ENRIQUE GUTIERREZ CUETO.

Parece un contrasentido que un solterón recalcitrante ponga en esta primera hoja el nombre de uno de los mejores casados del mundo; pero no hay que extrañarlo. Detrás de la cruz está el diablo, y además así habrá siquiera una línea excelente en esta obrita que con *buen fin* tiene el gusto de dedicar á usted su afectuoso y antiguo amigo,

Francisco Neapolis.

ANTECEDENTES.

Al entrar un día mi amigo Pepe en su casa le dieron un parte telegráfico; rompió su sobre, sacó el despacho y, sorprendido, leyó lo siguiente:

«Me caso domingo próximo: ven boda.»

ANTONIO.»

La primera intención de Pepe fué contestar inmediatamente á su amigo que no hiciera tan grandísimo disparate: después pensó que resolución tan sería merecía una respuesta muy formal, y, sin pérdida de correo, escribió al novio una carta sobre el matrimonio, asunto de eterna controversia, por más que pareciera tan antiguo como Adán, primer marido que hubo en la tierra, y á quien según consta, le casaron dormido, tras la operación de arrancarle una costilla.

Pero no juzguemos la cuestión á que dió motivo la determinación de Antonio, y dejemos al buen juicio del lector que la resuelva, copiando las cartas que entre los dos mediaron, competentemente autorizadas por los autores de esta extraña correspondencia.

I.

«AMIGO ANTONIO.»

Con mucha pena he sabido que estás dispuesto á cambiar de estado, y decidido á tomar mujer, sin que te asusten lo cara que está la plaza, lo que escasean los cargos, los pocos puestos que hay vacantes, los multiplicados impuestos que nos abruma, las exigencias excesivas de los caseros, y cuando las cosas van tan mal como las casas; tampoco te espanta, por lo visto, que hoy gasta una mujer treinta metros de tela, cincuenta de flecos, y sesenta de cinta en un mal vestido, una arroba de pelo postizo en la cabeza, un quintal de hierba en los bucles y un costal de harina en polvos, siendo harina del mismo costal el dinero que invierte en los guantes de treinta botones, en los zapatos de tacón piramidal, en almidón, sayas, flores, plumas, pieles, ballenas, y en qué sé yo cuántas cosas más de los tres reinos de la naturaleza, que han de comprarse al por mayor para dejar á los padres ó maridos pelados y sin pluma, como el gallo de Morón; porque la moda no es más que un ingenioso modo de gastar el dinero; y lo triste es que sus inventos tienden siempre á dar mucho vuelo á las mujeres, cual lo demuestra la invención de los mirinaques de antes y los polisones de ahora, cuando el interés bien entendido de los maridos está pidiendo á gritos que se les corten las alas, y no digo las piernas, como el refrán recomienda, por una justa deferencia hacia el bello sexo.

Estas sesudas consideraciones merecen indudablemente que se mediten; pero tú has prescindido de todo, y te aventuraste en el peligro, sin volver atrás la cabeza, semejante al toro,—y perdona la comparación,—que no sigue más que al bulto. Haces mal; en vez de seguir locamente al trapo, debías haber recordado los consejos de varones avisados; y creo que si examinas con detención las palabras de casamiento, ó sea el tecnicismo matrimonial, no te comprometerías á casarte aunque te crucifiquen por tu cautela.

San Pablo, un sábio apóstol que escribió inspirado por el Espíritu Santo, dice en el versículo 27 del capítulo I de la primera epístola á los Corintios:

«¿Estás suelto de mujer?—Pues no la busques; y más adelante, en el versículo 28 añade: «Los que se casan hacen bien, pero los que no se casan hacen mejor, después de aconsejar á los viudos y solteros que «buenos les es quedarse como él.»

Estos consejos prudentísimos son el programa de la felicidad humana; oírlos nos tiene cuenta si deseamos ahorrar cuentas y cuentos, y no queremos aprender en cabeza propia que es el

Matrimonio acto fatal,

Contrato bilateral,

Y hasta negocio también,
Donde dos que se hallan bien
Que dos que se encuentran bien

Hacen por hallarse mal.

Como escribió un agudo poeta moderno.

Quizás objetos que un casamiento por amor nunca es un mal negocio; pero ten presente, Antonio, que el matrimonio es la perversión del amor, al menos tal es el parecer de Lord Byron, que dice en *Don Juan*, según traducción mía:

Amor en matrimonio

Se cambia á veces,

Como el vino en vinagre

Suele torcerse.

¡Todo lo bueno

En este mundo pícaro

Se pierde luego!

Cambiar de estado es cosa más agria de lo que te parece. Un ingenioso autor del siglo XVI, al analizar lo que sufre un marido, deduce en conclusión que la mujer

Si es paridera es rigor;

Si estéril nunca hay regalo;

Si come mucho es muy malo,

Si nada come, es peor;

Si rica, ha de obedecerla,

Si pobre, ha de sustentarla;

Si es hermosa, ha de celarla,

Y si es fea, ha de temerla

Y así en la varia fortuna

Que enseña el norte de amor

Imagino que es mejor

El casarse con... ninguna.

De seguro que se te ocurre que el satírico moralista olvidó hablar de la mujer angelical, con lo cual crees que se viene abajo todo tu artificio; pero este nuevo error tuyo lo rebatí Tirso de Molina así:

No creo en serafines

Que por andar en chapines

Son fáciles de caer,

Y serafines caídos

Ya ves tú que son demonios.

Y si no te das por vencido, otro poeta antiguo ásperamente te grita:

¡Mentecato!

Con ellas vive ocho días,

y verás volverse harpías

Los ángeles cada rato.

Nunca acabaría, si hubiera de citar los sesudas pensamientos de autores graves de todos los siglos que han declamado contra la fatal manía de casarse, probando satisfactoriamente que el matrimonio no conviene á los hombres que quieren vivir bien; pero como sería la tarea larga, dejo la cuestión de principio y vengo al principio de la cuestión, esto es, á las palabras de casamiento.

Antes de casarse los hombres, más bien que mirar lo que traen entre manos, hacen el oso, que es una figura muy graciosa, porque los osos, en plena civiliza-

ción, sólo sirven para hacer reír. En esta triste figura va á vistas el pretendiente á marido y se queda ciego, que es ir por lana y salir trasquilado. Desde aquel momento todos públicamente le llaman novio, es decir, un *no vío*; y como ésto en buen castellano es ciego, se deduce evidentemente que las vistas matrimoniales son una ceguera manifiesta.

Si en este punto no retrocede el predestinado, le toman los dichos, que es un acto de desconfianza, pues equivale á despojar á un hombre de su palabra, si no significa que le quitan la *dicha*, quedando por tanto *desdichado* por todos los siglos, á menos de no desdecirse á tiempo; mas si tal desgracia le sucede será suya la culpa, porque le amonestan una, dos y hasta tres veces antes de casarle.

Fíjate en ello, Antonio. *La amonestación* ó es un castigo que se impone á los que obran mal, ó es un consejo duro que se dá á los que van á cometer un disparate; porque no se amonesta á los que son cuerdos. Pues bien; si resulta que te amonestan únicamente porque te casan, es clarísimo, como la luz meridiana, que cometes un solemne disparate al querer variar de estado; y tan gravísimo parece, que no se conceptúa bastante una amonestación para enderezarte al buen camino.

Supongamos que has perdido los oídos al mismo tiempo que los ojos; que eres de los que tienen oídos y no oyen, ojos y no ven; supongamos que tu obcecación se agrava, que llega el día infausto de tu sacrificio, y que estamos en aquella espantosa hora en que te han de leer la epístola de los *adefesios*. No se llama así, ya lo sé; pero el pueblo rústico ha sacado de las dos palabras latinas *ad Efesios* una castellana vulgar, acaso por una broma de mal género contra los infelices casados, nunca bastante compadecidos por las almas sensibles, y que siempre son, han sido y serán el blanco de los maliciosos.

Pero ya estás casado; ya estás amarrado á una mujer hasta la muerte, por no haber gritado á voz en cuello en el trance crítico, como si se tratara de asesinarle:

¡Favor al rey, que me casan!

¡Mal año! ¿No hay ya justicia?

Novio te arrodillaste y marido te levantas. Tanto monta: si malo es lo uno, peor es lo otro. En lo sucesivo tu mujer te llamará *ese*, primera letra de simple ó de sabio, si bien tu compañera se atenderá á lo de tonto, porque *ese* es un pronombre insustancial, que se te encaja para hacerte ver que has perdido la autonomía del yo, como ahora decimos, y tan de raíz que tu mujer á boca llena lo suelta á cada paso, aludiendo á tu insignificante persona.

Ella sabe lo que se dice y tú no sabes lo que oyes; si tuvieras sentido común aguzarías las orejas y comprenderías que te llama nadie descaradamente, que sin composturas ni afeites del lenguaje repite en tus barbas á cada momento

Ese es poso mio.

Te considera, pues, la barredura de la casa, el último mono de ella. Al casarte serás, aunque no lo presumas, un hombre caído en un abismo; que es donde está el *poso*, teniendo, por añadidura, una esposa, que te atarán las manos por la vida perdurable para que jamás puedas salir del fondo y mueras entre aguas ó enaguas.

A pesar de estos preludios puede ser que no te conyenzas de tu necedad hasta que te quiten el *velo* que te han de poner al casarte; en cuyo instante puede ser que se abran tus ojos y veas que

La mujer es una araña,

El matrimonio su tela,

Y el hombre la pobre mosca

Que incauto se enreda en ella.

Entonces, aunque tarde, comprenderás que un *enlace*, es, como suena, un enredo; y convendrás con Quevedo «que á

los hombres que se casan los habían de llevar á la iglesia con campanilla delante, como á los ahorcados, pidiendo por el ánima del que sacan á ajusticiar, y habían de llevar un Cristo delante y frailes detrás que les amonestasen.»

Ahora no sería ocioso hablar de los apuros que pasan los maridos en los embarazos de sus mujeres, de sus angustias antes del parto, en el parto y después del parto, de los sinsabores que ocasionan las amas de cría, las criadas y las necesidades domésticas, de los cuidados de su honor, de la inquietud en que viven, por la salud de los suyos, y de otros semejantes trabajos que siguen inmediatamente tras las otras pesadumbres conyugales; más dejo esta materia para mejor ocasión, si tú me la das á seguir discutiendo sobre las palabras de matrimonio, cosa que dudo por lo mucho que confío en tu sensatez.

No me cansaré de repetirlo: antes que te cases mira, Antonio, lo que haces; observa de paso que *casar* y *rasca* tienen exactamente las mismas letras; y no juzgues que esto es un efecto de mera casualidad, sino que es un vocablo sacado adrede de otro, para advertir á los hombres juntamente con los demás que hemos analizado, y de una manera muy significativa, la gravedad de un casa *miento*, palabra oscura porque encierra una mentira, mientras que la de *sol* tero es brillantísima, porque se deriva nada menos que del sol.

Por eso de la rasca lura,—todavía que cuadra á mi objeto,—dijo D. Francisco de la Torre al describir los padecimientos del prototipo de la paciencia que

Job en sufrir sin igual

Todo lo vino á perder,

Quedó con lepra y mujer;

No sé cual fué mayor mal.

Padeció todos los modos

De penas su virtud rara,

Si la mujer le faltara

No los padeciera todos.

Libreme Dios de comparar á las mujeres con una epidemia: las quiero demasiado para insistir en tan odioso símil. En verdad aseguro que opino con Cornelio Agrippa, que «el hombre que no ama á una mujer, y mucho más el que las aborrece, no tiene virtud, gracia, ni humanidad, y creo con Voltaire que «todos los razonamientos de los hombres, por sabios que sean, no valen lo que el sentimiento de una mujer.»

Y aquí terminaré esta carta, resumiendo el pensamiento que me movió á escribirla, con este cantar de mi cosecha que anda por ahí en letras de molde

Que casarse es excelente

En decir los hombres dan,

Pero *¡cal!* casar á un cristiano

siempre ha de ser mucho mal!

Y tanto es así, que los que enferman de marido no sosiegan hasta que no se ponen en cura.

Supongo que mis sensatas consideraciones te apartarán de la majadería que te aprestabas á cometer; pero si no te he llegado á convencer, si flaqueas en los propósitos de morir soltero, que tantas veces has hecho, encomiéndate fervorosamente al cielo, y pídele devoto que no te deje caer en la tentación de casado, ó que te libere del mal de tener mujer, peor doscientas mil veces que la más perniciosas de las enfermedades; porque ninguna hay que no ofrezca esperanza de salvación, mientras que ese mal de tener mujer solo le cura la muerte.

Y como te aprecio mucho, no quiero verte en trance tan desesperado; y con esto te digo que me remordería eternamente la conciencia si presenciara tu boda.

No cuentes, por lo tanto, entre tus cómplices á tu amigo,

PEPE.

(Se continuará.)

LA CIENCIA EN 1385.

Al reseñar los progresos científicos del año, suele ponerse la astronomía en primer término, por ser la más antigua y más grande de las ciencias, pues su campo de observación no tiene más límites que la extensión de nuestra inteligencia y el auxilio que puedan darnos los adelantos en otras ciencias.

Parece que el espectróscopo va á ayudarnos tanto en los descubrimientos científicos como lo ha hecho el telescopio.

La Real Sociedad Científica inglesa al conceder la medalla de oro al Doctor Huggins, ha probado la gran importancia de los descubrimientos de este sabio, entre los cuales debemos mencionar el aparato que sirve para determinar el alejamiento ó aproximación de una estrella con respecto á la Tierra.

El acontecimiento astronómico más notable del año ha sido la repentina aparición de una estrella en la gran nebulosa de Andrómeda. Ya ha ocurrido algunas veces durante el presente siglo que se han presentado estrellas nuevas, sin que hayan podido explicarse estos fenómenos. Pero la aparición de un centro de luz en medio de detrás de una nebulosa es un nuevo fenómeno que naturalmente da lugar á muchas conjeturas. Gentes de imaginación suponen que se han condensado en un día las evoluciones de muchos siglos, y casi esperan que esta generación va formarse rápidamente un gran sistema solar. En su apoyo sientan la hipótesis de un orden de creación en que se presenta un nuevo sol en medio del vasto océano cósmico de las nebulosas.

Todos estos esfuerzos de la imaginación siguieron las mismas fases que el foco que las producía, que llegó á su mayor brillantez el 1.º de Setiembre, desapareciendo á poco.

Se cree, sin embargo, probable que la nebulosa de Andrómeda tenga una estrella núcleo.

Sabido es que esta nebulosa difiere de otras en que da un espectro continuo.

Uno de los descubrimientos más interesantes en nuestro sistema solar consiste en haber averiguado que el sétimo satélite de Saturno se mueve en dirección inversa que los restantes. Este mismo movimiento se atribuyó en un tiempo al planeta Neptuno; pero luego quedó demostrado que esta opinión era errónea, y que aquel planeta tiene su marcha idéntica á los demás. El satélite Hyperión (que es el nombre del sétimo de Saturno) es, pues, la única excepción á la regla universal del movimiento planetario.

Algunos astrónomos tienen fija su atención en la constelación de Capricornio, esperando descubrir otro miembro más remoto de la gran familia de nuestro sistema solar. Mr. Duponchel, imitando á Adams y Leverrier, ha indicado la existencia de ese planeta que aún no ha tenido nadie el gusto de saludar.

Durante el año han continuado las adiciones á la multitud de pequeños planetas que forman el grupo de los asteroides.

El magnífico fenómeno meteorológico de la noche del 27 de Noviembre ha venido á probar la íntima relación que existe entre los cometas y los meteoros. Estando probado que la tierra pasaría en ese día cerca de la órbita del cometa de Biela, era evidente que si éste lleva consigo ó deja detrás una cadena de meteoros habrían de verse desde la Tierra al atravesar la órbita, como efectivamente sucedió, y de ahí la magnífica lluvia de estrellas que en aquella noche se dejó ver.

El profesor Langley ha demostrado nuevamente la ventaja de hacer observaciones de los fenómenos celestes desde gran altura y en el cielo despejado del continente americano. Ha estado estudiando la radiación del calor del sol, deduciendo que es mucho mayor que lo que generalmente se supone.

Un sabio inglés dedujo, hace tiempo, del aspecto de la luna eclipsada, que este satélite está incandescente, sometido, como se halla, sin atmósfera, á los rayos del sol. El profesor Langley cree que á lo menos el cuarenta por ciento del calor y de la luz del sol son absorbidos por la atmósfera antes de llegar á nosotros. También cree que la luz blanca es debida á la acción de la atmósfera y que es azul el color del sol.

La ciencia geográfica adelanta siempre, por más que el campo de los descubrimientos se estrecha cada día más. Aún existen, sin embargo, vastas regiones desconocidas en

cuatro grandes continentes y las que rodean ambos polos, que atraen constantemente á los géneos aventureros.

Continúan las exploraciones en diferentes partes del mundo, habiéndose desmentido el asesinato de la expedición que la Sociedad geográfica de Australia envió á Nueva Guinea y que ha llegado á Queensland.

En el Canadá se han explorado los lagos Mistassini, situado entre el río San Lorenzo y la bahía James, al Sur de la península del Labrador.

El gran Mistassini tiene 120 millas de largo por 20 de ancho, y el pequeño 100 millas por 6.

También son interesantes las expediciones por la bahía de Hudson. Este mar Báltico del Canadá penetra hasta el centro del continente, y si de sus costas del Oeste pudieran los buques ir directos á Liverpool, los productores de grano economizarían el transporte de 1.000 millas de ferrocarril.

Se ha demostrado que este mar está abierto á la navegación desde Julio á Octubre, por más que el estrecho es siempre peligroso.

Más al Oeste el capitán Glacier, de la marina americana, escribe que ha descubierto las fuentes del Missisipi en uno de los numerosos lagos que se hallan en las grandes soledades del Noroeste. Las fuentes están situadas á 1.578 piés sobre el nivel del mar y el gran río recorre 3.184 millas antes de llegar á su desagüe en el golfo de Méjico.

En la América del Sur Mr. Jhon Thurm subió en Diciembre último á la cúspide del Roraima, una montaña en forma de cono, á 2.500 piés sobre el nivel de la llanura; estuvo tres semanas en la cima de esta Styllitas natural que resulta ser la mayor de un grupo de montañas de estructura semejante situadas en aquel continente.

El gobierno de Dinamarca ha enviado este año su décima expedición á las regiones árticas para completar el estudio de la costa de Groenlandia hasta los 70º de latitud.

El teniente Holm, que formó parte de la expedición de 1883, volvió á salir, invernalmente en 1884-85 en una aldea de esquimales cerca del cabo Dan, estudiando la costa y examinando los fondaderos hasta el grado 66 de latitud Norte. Informa que no ha encontrado en aquella región rastro alguno de la colonia danesa de Osterbygd. El subteniente Jensen, que manda la expedición de este año, tiene orden de levantar los planos de la costa desde el punto extremo á que llegó Holm hasta cuatro grados más al Norte.

En química se ha trabajado mucho durante el año, especialmente en analizar la composición de alguno de los metales menos conocidos, habiendo probado que varios de estos no son sino mezclas de otros cuerpos hasta ahora desconocidos.

Mr. Baker ha hecho el descubrimiento curioso de que el carbón puro y el fósforo puro no son combustibles en oxígeno puro. Se necesita mezcla de agua ó de otra impureza para que pueda tener lugar la combustión. Esto hace creer que la acción química es debida en algun modo á condiciones eléctricas.

En medicina el asunto de mayor interés han sido los experimentos del médico tortosino Sr. Ferrán, que pretende haber descubierto un profiláctico contra el cólera por la inoculación del virus cólerico.

Se ha dudado bastante de la exactitud de los hechos, no habiéndose probado satisfactoriamente resultados favorables en las pruebas verificadas.

El descubrimiento de Mr. Pasteur de inoculación del virus rábico, parece estar próximo á la prueba definitiva, habiéndose aplicado á alguna personas con resultado satisfactorio.

Respecto á construcciones, se ha terminado el túnel del Severn y la voladura de la inmensa roca que hacia peligrosa la navegación en el Canal Este de la bahía de Nueva York. Cada una de estas obras es digna de fijar la atención; particularmente la perforación de un túnel de diez kilómetros bajo un brazo de mar, es uno de los mayores atrevimientos que los ingenieros han llevado á buen término en estos últimos tiempos.

En la voladura de Nueva York, se usó una nueva composición que consiste en una mezcla de nitro-benzol y clorato de potasa que se ha bautizado con el nombre de *raca-roca* y es menos peligrosa que la dinamita. Se usaron en la voladura 120.000 kilográ-

mos de esta materia colocada en las galerías hechas en la roca bajo el nivel del agua, habiendo sido el éxito tan completo que ha desaparecido la inmensa mole que hacia peligrosa la navegación, causando muchos siniestros y numerosas víctimas.

MADRID.

15 de Enero.

Cuando le estrenó Emilio Mario en el teatro de la Comedia, hace seis ó siete años, tenía tres actos y se llamaba *Rosicler, sociedad de baile*. Ni gustó por completo al público ni le disgustó tampoco. Como se dice en la *ferja* de bastidores, el sainete no hizo más que pasar y se representó diez ó doce veces.

Pero parece ser que con eso no le salió la cuenta al autor, el chispeante sainetero Ricardo de la Vega, heredero directo y legítimo de D. Ramón de la Cruz; y por ver si la obra seguía dando de sí, en vez de ponérselos, como es costumbre, le quitó facones y medias suelas, y, reducida á dos actos, se la volvió á dar al público en el teatro de Lara hace dos años.

Más cántate que el público no es como los diputados de la mayoría que hoy dicen que sí y mañana, cuando les hacen la misma pregunta á que contestaron afirmativamente, responden que no; y no quiso revoltarse en esta especie de *reprise* venida á menos. Se contentó, pues, en el segundo estreno—si vale la frase, que no debe valer—con encogerse de hombros ante el puchero recalentado, manjar poco apetitoso para los paladares de la gente de buen gusto.

La obra *tiró con fatigas*, otras doce ó catorce noches en el teatro de Lara.

¡Ah! Por entonces el sainete seguía titulándose, como en los días de su infancia, *Rosicler, sociedad de baile*.

Pero Ricardo de la Vega no es hombre que se acomoda ante las contrariedades, y como está acostumbrado á que sus obras, por ejemplo, *La canción de la Lola* y *Los cuatro sacristanes* se representen cientos de veces, lo mismo en Madrid que en las provincias, se conoce que ante estos repetidos semifracasos, dijo para su capote:—Lo que no va en lágrimas, vaya en suspiros, y lo que en una vez no ha podido hacerse tratemos de conseguirlo en tres.

Sólo que, está visto, la obra no pasa ni á tres *travesuras*.

Con nueva fé de bautismo, como es natural, falsificada, en la que figura el siguiente nombre, más largo que bueno: *El domingo gordo ó las tres damas curiosas*, se volvió á presentar anoche en el teatro de Variedades, recomendada por Chapí, que la había intercalado en el texto algunos números de música que, dicho sea de paso, le sentaban como á un Santo un par de pistolas.

El primer acto nos pareció algo desfigurado á los que de antiguo le conocíamos, y lo estaba en efecto: el lugar de la escena no es el mismo que antes, bien que los personajes se presentan con los mismos cuerpos y almas que tuvieron. Lo malo es que que el acto ha empeorado en vez de mejorar y que ahora resulta mucho más lánguido de lo que ya era. Por otra parte, la música no ha hecho nada para sacarle á flote.

En el intermedio el público empezó á llamarse á engaño, y si no pidió que le devolviesen el dinero fué por no molestar á la empresa.

En el acto segundo se celebró una situación, se rieron algunos chistes, se aplaudió un dúo y pare usted de contar.

Una parte de los espectadores pidió el nombre de los *padres* de la obra: otra parte se empeñó en que desde la escena no se había de decir, y se armó la que ustedes pueden figurarse.

Se alzó el telón, salió Vallés al palco escénico y empezó á ejercer de orador público: «La obra que hemos tenido el honor de representar...»

—¡Fuera! ¡fuera!
Vallés (alzando la voz): «La obra que hemos tenido el honor...»

—¡Fuera! ¡fuera!
Vallés (á grito pelado): «La obra que hemos tenido...»

—¡Fuera! ¡fuera!
En este momento aparece por una puerta lateral Ricardo de la Vega, dando la mano al maestro Chapí, que se resistía á seguirle, como un chieco á quien su padre llevaría á la escuela.
¡Estupefacción general! Después ¡bravos!

¡fuera! palmadas y silbidos, que siguieron hasta que bajó el telón la última vez.

Y ayer decían los carteles del teatro de Variedades: Segunda representación del *extraordinariamente aplaudido sainete lírico*.... etcétera, etcétera.

¡Así se escribe la historia! Mejor dicho, ¡así se escriben los carteles!

Había yo leído en los periódicos que en el teatro Martín se estaba representando una ópera titulada *Miss Eva*; pero ni he ido á verla ni sabía que tuviera nada de particular.

Anoche no se hablaba en los círculos literarios más que del juguete en cuestión.

No crean ustedes que sucede con *Miss Eva* lo que ocurrió con *El barbero de Sevilla*, de Rosini, silbado la noche de su estreno, y cuyo mérito no se reconoció hasta después de muchas representaciones; no; á *Miss Eva* se ha encargado de darle notoriedad é importancia el Sr. Conde de Xiqueña, gobernador de la provincia.

Este señor, acompañado del juez y el escribano de guardia presenció anoche desde un palco la representación; al terminarse la cual el juez denunció la obra y recogió en seguida cuantos ejemplares de ella halló en el teatro.

«¿Para qué quería la empresa mejor reclamo?»

Un juguete que cuando se representaba libremente no había llamado la atención de nadie ha despertado ahora, en cuanto es perseguido, la curiosidad de todo el mundo.

«¿Cosa que hubiera previsto cualquiera persona sin fingir y con sentido común!»

«*Miss Eva*! ¿Qué será eso? se oía anoche preguntar por todas partes.

Yo, si el señor gobernador lo permite y el señor juez no se opone, lo veré esta misma noche.

¡Ah! Y hablaremos.

S. de Trasmiera.

EN LA SOMBRA.

...¿No puedo dormir?...
Pues á escribir para EL ATLANTICO.
Dormiré de día.

Total igual. El orden de factores no altera el producto.

Cosa que nada tiene de extraño, ni sé porque se ha de parar la atención en ello. Lo raro es que no se altere tampoco el *desorden*...

Esto no es mío, que conste. Lo leí en un almanaque.

Lo cual no impide que sea una gracia. Antes bien el no ser mio es casi una garantía de su buena sombra.

¿Qué hemos de hacerle? El que no tenga ingenio que tenga memoria.

Después de todo, tan agradable resulta en un salón un hombre que para cada fase del diálogo tiene á mano un cuento de Blasco como el que saca el cuento de su cabeza.

Lo único que no hace bien es lo de encajar siempre el mismo «á propósito de tiros», como el militar de marras.

Por lo demás, no hay más que leerse diariamente los periódicos festivos, observar cuáles de sus chistes hacen entre la gente más fortuna, y aprendérselos de memoria.

Yo tenía en Madrid un amigo que guardaba, cuidadosamente recortadas y pegadas en las hojas de un cuaderno, todas esas anécdotas con que Bremon suele terminar sus crónicas de «La Ilustración Española.»

Siempre que mi hombre era convidado á alguna casa, se aprendía dos ó tres hojas del cuaderno, se encasquetaba el frac (que, como los chistes, tampoco era suyo) y ¡ole, que es tarde! como dicen en «*Ya somos tres*».

Sin embargo, aquel procedimiento no es para todos, y buena prueba de ello era el tal sujeto.

Hallándose una vez en una tertulia, y no quedándole de su provisión de aquella noche más que un cuento referente á un cojo, desesperaba ya de encontrar coyuntura para soltar el chiste, cuando se le ocurrió *prepararle* del siguiente modo. Bailábase en aquel momento, y como él formase en un grupo que no tomaba parte en la danza, exclama de pronto:—Hombre, ¿porque se bailaré con los piés?—Y sin esperar contestación añade:—Y á propósito de piés; cuántos cojos hay en el mundo!... Ahora que hablo de cojos ¿á que no saben ustedes lo que le pasó á uno... etc., etc.

Luego me aseguraba, de vuelta á casa, que se habían reído mucho...
Y yo iba y se lo creía.

De todo lo cual resulta que á más de la memoria, es indispensable la oportunidad. Y cierto criterio para escojer los chascarrillos.

Y luego saber decírselos. Cuentos hay que de una boca á otra pierden todo su *aquel*, y se van entristeciendo sin saber porqué.

De modo que, además de todas aquellas condiciones, se necesita gracia para contar los cuentos...

«¿Saben ustedes que casi es más fácil inventarlos?»

Y á propósito de invenciones; qué noche hace!

Esto no es cuento, que es verdad.
En noches así, no se debiera decir que *hace*, sino que *deshace*.

Des horas llevo oyendo, sin interrupción de un minuto, el ruido de los granizos al saltar sobre el alféizar de la ventana.

A veces me parece ese ruido uno de esos conciertos que los chiquillos van improvisando sobre los escaparates de cristal de las tiendas.

De cuando en cuando, una racha de viento huracanado, imitando la voz ronca y furiosa del tendero que sale á reñirlos, parece que dice: ¡Vaya, basta de música!

Y en tanto dura el eco del terrible mandato, la música pa'ee ca lir, hasta que amortiguado aquél, vuelve á sonar el teclado con redoblada fuerza, mientras que el viento se retira allá hacia los montes murmurando no sé qué improprios y amenazas.

¡Hermosa noche para atravesar una de esas montañas por ver un momento á la novia tras de los cristales de su casa de aldea!

Si el pié vacilante y yerto no acertaba apenas á dar un paso á través de los senderos borrados y las gargantas infranqueables; ¡cuánto adelantaría en el camino de un corazón esquivo, el del Leandro que á tal paso se arrojase!...

Porque esta noche todos los caminos son Helespontos.

Hasta este que, á tientas y sin más luz que la agonizante de mi lámpara, voy yo siguiendo en busca del gusto de los lectores.

¡Quién tuviera, como el amante de la fábula, una Heró piadosa que sacara su luz á la ventana!

Hero y Leandro!... Yo no sé por qué la Historia ó la Poesía (la historia de lo que no ha pasado) han de eternizar en sus libros nombres como estos.

Yo no envidio á Leandro su valor, ni la hermosura de su amada; yo le envidio la dicha que experimentaría al sentirse capaz de propinarse, por ver á su novia, aquel baño diario, ó, mejor dicho, nocturno. ¿No está bastante pagado con esa dicha, sin necesidad de que los poetas nos vengan todavía á estirar los dientes con la relación de sus amores?

...¡Dichoso el que encuentre hermosa la noche para hacer lo que he dicho!

Desventurado el que en ella y sus horrores no vea sino un chaparrón de invierno, cuyo ruido no le deja dormir, y no sienta á la vez miedo y placer en oír rodar la tormenta; el que no vea en esta sinó un fenómeno de antemano señalado por la ciencia y necesario al buen orden y equilibrio de la naturaleza, y no perciba en este fragor sublime voces que solo en él sueñan, y no le parezca la del viento queja de un dolor y la del trueno señal de una amenaza!

... Suenan las campanas llamando á la primera misa, y, como si su tañer melancólico fuera la trasmisión de una orden recibida de quién manda en ellos, van los elementos callando poco á poco, dándose cuenta á su vez unos á otros y en voz baja del sagrado mandato.

¡Qué bonito y qué expuesto á imágenes y comparaciones poéticas, de más ó menos gusto sería ahora un amanecer, no esplendente y sereno, que esto ya no puede ser, pero tranquilo al ménos, en que el sol se irisara en las gotas suspendidas sobre las hojas, como dicen que aparece el rostro de una muchacha bonita después de haber llorado!

Pero ya verán ustedes cómo no amanecerá así, sino anubarrado y tremendo, y así continúa la mañana, y así acaso la noche.

En ese caso, y por si la algarabía de la futura tormenta no les permitiera á ustedes conciliar el sueño, dejen ustedes EL ATLANTICO sobre la mesa de noche, tómenle la lectura por donde dice: EN LA SOMBRA... y probado, como dice Quevedo.

M.